

orgullosos de sus grandes servicios y bastante encumbra- do para no soportar sin impaciencia á un superior? ¿Que- ría proporcionar al general Regnaud, comandante en jefe de la guardia imperial, una ocasión de gloria, y conciliarse así el favor del soberano? Todas estas interpre- taciones contienen sin duda algo de verdad sin que nin- guna de ellas legitime ó explique un cambio tan poco juicioso. El 16 de junio, á las dos de la tarde, el gene- ral Regnaud llegó al campo del 2.º cuerpo, ignorando las posiciones que había que atacar, bravo é instruido, pero recién desembarcado en Crimea, desconocido y desconocedor de las tropas. El mismo día Bosquet, con- teniendo mal su tristeza y su despecho, bajó al llano y se encaminó hacia sus nuevos campamentos.

El ataque de Malakof, como el de la Colina Verde, había de ser preparado por la artillería. El 17 de junio el fuego de los sitiadores empezó contra Karabelnaia. Según la cuenta de los rusos, fué el *cuarto bombardeo*. El fuego continuó todo el día, con pérdidas enormes para los sitiados, que transportaron 1.600 heridos á las ambulancias de la ciudad y del arrabal (1). Al atarde- cer, Malakof, la Estrella Grande, la Estrella Pequeña y las cortinas aparecían con sus frentes deteriorados, sus cañoneras en parte obstruidas y varios de sus cañones fuera de servicio. Creyóse que era el momento propicio para llevar á término la empresa. A las once de la no- che, Pelissier telegrafió al ministro de la Guerra: «Ma- ñana, 18, al despuntar el día, de acuerdo con los ingle- ses, abordo la Estrella Grande, Malakof y las baterías dependientes (2).»

En aquel momento, las tres divisiones designadas para el ataque se disponían á tomar su puesto de com- bate. A la derecha, la división Mayrán, que con una de sus brigadas había de ocupar la batería de la Punta y abordar con otra la Estrella Pequeña, acababa de re- plegarse en el barranco del Carenaje. En el centro, la división Brunet, que había de asaltar la cortina entre la Estrella Pequeña y Malakof, empezaba á replegarse, no sin alguna lentitud y desorden, en las trincheras próxi- mas á la Colina Verde. A la izquierda, la división Au- temare se alineaba parte en las paralelas y parte en el barranco de Karabelnaia, desde donde tenía que diri- girse al extremo del barranco, penetrar en el recinto por la batería llamada *batería Gervais*, oblicuar luego á la derecha y atacar á Malakof. La división de la guardia imperial formaba la reserva y se escalonaba en torno del reducto Victoria. A los ingleses les estaba destina- do el asalto de la Estrella Grande. A las tres de la ma- ñana, varios cohetes, disparados desde la batería Lan- caster, á una orden del general en jefe, habían de dar la señal de la acción.

Mientras se hacían estos preparativos, se había sus- pendido el cañoneo, pero nuestros morteros, acentuán- do la violencia de su tiro, cubrían de bombas Malakof, la Estrella y todo el arrabal. Varios de nuestros vapores, acercándose á la rada, descargaron sus andanas sobre la ciudad, la bahía del Sur y las baterías de la costa. A intervalos se elevaban siniestros resplandores sobre Sebastopol: eran incendios causados por nuestros proyectiles. Cerca de la bahía de la Cuarentena estalló

(1) Todleben, *Défense de Sebastopol*, tomo II, primera parte, pág. 364.

(2) *Monitor* del 22 de junio de 1855.

un depósito de bombas. En medio de esta confusión, los rusos se apresuraban á extinguir las llamas, contes- taban desde sus baterías al fuego de nuestros barcos, y se aplicaban sobre todo, con su habitual perseverancia, á reparar las brechas de sus muros. Pero estos múltiples cuidados de la defensa no absorbían toda su vigilancia. Tenían puesta en otra parte su principal atención.

A través de la obscuridad casi lúcida de una clara noche de junio, los cazadores enemigos habían creído distinguir por la parte del barranco del Carenaje una especie de fluctuación, como el vaivén de masas confu- sas apiñadas en un estrecho espacio desde el cual de vez en cuando desbordaban. Luego, en el intervalo de las detonaciones, subía un ruido vago hacia los muros, como el de una muchedumbre que procura permanecer silenciosa, pero que por su número revela su presencia. En seguida, en toda la línea de defensa, desde la bate- ría de la Punta hasta la de la Estrella Grande, dióse el grito de alarma. El general Khroulef, que mandaba en jefe en Karabelnaia, se enteró de todo sin gran sorpre- sa. El bombardeo parecía el preludio de una nueva tentativa. Una coincidencia de fecha había llamado la atención de los rusos: el nuevo día era el 18 de junio, aniversario de Waterloo. ¿Era verosímil que los france- ses desearan transformar esta fecha y cambiar un recue- do amargo en recuerdo glorioso? Seguro de un ataque próximo, Kroulef se apresura á comunicar sus órdenes. Bajo el fuego del bombardeo y sin preocuparse de sus pérdidas, reúne á sus reservas y las distribuye detrás de los muros de Karabelnaia: el regimiento de Iakoutsk, á la derecha de Malakof; dos batallones del regimiento de Zabalkansky son llamados á reforzar la guarnición ordinaria del bastión; el regimiento de Selenghinsk se repliega á la derecha de la fortaleza: otros batallones son repartidos en los puntos más amenazados. Al ter- minar la noche, todas las fortificaciones eran silencio- samente ocupadas por defensores.

La fatalidad acabó de comprometer esta empresa mal preparada. Pelissier, que se había reservado la señal del ataque, salió tarde de su cuartel general, tan tarde que ya clareaba cuando llegó á la batería de Lancáster. De pronto, por la parte del Carenaje, estallaron las detona- ciones de la artillería mezcladas con el tiro de los fusiles. Era Mayrán que empeñaba la acción.

Una falsa señal le había engañado. Cerca de las tres esperaba con impaciencia la orden de atacar. En esto, una bomba partió de la Colina Verde y atravesó el ho- rizonte como una estrella fugaz. «¡La señal!» exclamó Mayrán; y arrastrando á sus soldados, pasó las trinche- ras. El ímpetu de los soldados era soberbio. Apenas habían recorrido dos ó trescientos metros cuando una verdadera lluvia de metralla abatió las cabezas de la columna, sembró el suelo de muertos y heridos y obli- gó á los más valientes á guarecerse detrás de un replie- gue de terreno. Una vez reorganizadas las filas, tentóse un nuevo esfuerzo. Pero á la metralla de la plaza se unieron los fuegos del *Vladimiro*, que, acoderado en la bahía del Carenaje, dirigía contra los nuestros su tiro certero y mortífero. Mayrán fué herido por primera vez y recibió luego otra herida mortal. Su desdichada divi- sión se replegó en las paralelas ó buscó un abrigo en los barrancos.

Mientras tanto, Pelissier había llegado á la batería

Lancáster. Dióse inmediatamente la verdadera señal. Pero sobrevino otro contratiempo. Así como Mayrán, dispuesto mucho antes de la hora convenida, había ata- cado demasiado pronto, el general Brunet había tropeza- do con alguna dificultad para reunir sus tropas en las trincheras, de modo que amaneció sin que todos sus batallones hubiesen tomado su posición de combate. El ataque, adelantado á la derecha, sufrió á la izquier- da algún retraso. En una y otra parte mostróse adversa la fortuna. Apenas habían salido de las trincheras las columnas del general Brunet cuando fueron sorprende- das por la metralla y la fusilería. La violencia del fuego era tal que los proyectiles, al dar en el suelo, levantaban nubes de polvo que ocultaban á la vista los combatien- tes. El general fué muerto por una de las primeras balas. Rompiéronse las filas y los soldados dispersos se refugia- ron como pudieron detrás de las ondulaciones del terre- no, desde las cuales empezaron á tirar contra los rusos.

A nuestra izquierda, la división Autemare pareció desde luego destinada á mejor suerte. A la señal de ataque, el 5.º batallón de cazadores de infantería y un batallón del 19.º de línea desembocan del valle de Ka- rabelnaia, siguen la cresta derecha, llegan hasta el atrincheramiento que une al barranco con Malakof, lo- gran meterse en el recinto fortificado, se apoderan de la batería Gervais y ganan un grupo de casas escalona- das en las vertientes del arrabal. Tras las huellas de la valerosa columna se lanzan el resto del 19.º de línea y dos batallones del 26.º; éstos llegan también al pie de las fortificaciones, y ya los zapadores arriaman las esca- leras que permitirán asaltar el muro. Pero los rusos, victoriosos en todas partes (pues los ingleses acababan de sufrir un descalabro en la Estrella Grande), concen- tran todas sus fuerzas en el punto en que la lucha es todavía incierta. Queda paralizado el primer impulso. El comandante Garnier es el único que con sus caza- dores y algunas tropas de infantería permanece aven- turado en medio del arrabal. Se parapeta en las casas, sostiene con los rusos una lucha encarnizada, se obsti- na en resistir aunque cubierto de heridas, é ignorando el fracaso general, espera con ansiedad el auxilio que asegure la conquista medio alcanzada. Pero es vana su esperanza. A pesar de las instancias del general Au- temare, Pelissier se niega á lanzar sus reservas bajo el terrible fuego cruzado de Malakof y de la Estrella Gran- de. Juzgando el fracaso definitivo, se resigna cerca de las ocho de la mañana á mandar tocar retirada. Sólo entonces los valerosos cazadores del 5.º batallón aban- donan aquel Malakof donde han puesto los pies un ins- tante, atraviesan el recinto bajo la metralla enemiga y vuelven á las líneas francesas después de haber hecho brillar un reflejo heroico en medio de las tristezas de aquella lúgubre jornada (1).

Al día siguiente concluyóse un armisticio para ente- rrar á los muertos. Desde las trincheras hasta el recinto fortificado, el suelo estaba cubierto de cadáveres. Las escuadras se cansaron de cavar fosas. Muchos de nues- tros muertos habían quedado en poder de los rusos, que les dieron sepultura. Si son exactos los datos oficiales, seguramente un poco atenuados, esta desdichada tenta-

(1) Parte del general Pelissier sobre el combate del 18 de ju- nio. (*Monitor* del 4 de julio de 1855).

tiva nos costó 1.581 muertos y 1.740 heridos (2). Los ingleses perdieron de 1.500 á 1.600 hombres. Respecto á los rusos, el combate en sí había sido para ellos me- nos mortífero, pues habían luchado al abrigo de las murallas, salvo en la batería Gervais; pero obligados, en la noche del 17 al 18, á poner en movimiento sus reservas bajo el fuego del bombardeo, habían sufrido entonces cruelmente los efectos de nuestro tiro. Así se restableció entre sitiadores y sitiados la lamentable igualdad de pérdidas.

## VI

El *Monitor* del 22 de junio publicó el siguiente des- pachos de Pelissier: «El ataque del 18 no ha tenido éxi- to, á pesar de que nuestras tropas, que han mostrado gran arrojo, pusieron, en parte, pie en Malakof. Tuve que ordenar la retirada á la paralela; retirada que se operó con orden y sin ser molestada. Hoy no es posi- ble precisar nuestras bajas.»

La brevedad de los términos, la confesión clara de un fracaso, la cifra incierta de los muertos y los heridos, todo daba á este parte una alarmante gravedad. En to- da Francia la emoción fué extrema; no fué una explo- sión de cólera ni un clamor de espanto, sino una dolo- rosa ansiedad. Las proporciones siempre en aumento de la empresa despertaban una sorpresa llena de inquie- tudes. Poco importaba que los periódicos callasen: los hechos eran sobradamente elocuentes. Nadie ignoraba que nuestros barcos apenas eran suficientes para conducir á Crimea los refuerzos que la guerra exigía. Nadie igno- raba tampoco que los mismos barcos, á su retorno, eran aún menos suficientes para contener la lúgubre carga de heridos, enfermos y moribundos que Crimea devolvía á Francia. En Marsella y en Tolón los hospitales estaban llenos, al extremo de que habían tenido que habilitarse hospitales provisionales en Cette y Mont- peller. En las guarniciones se contaban los soldados que habían marchado y los que no volverían. En todas las armas las bajas eran considerables, y eran sobre todo enormes en el cuerpo de ingenieros, inmolado en aquel largo y mortífero sitio. Una cuestión abstracta de equilibrio europeo ¿valía acaso tantas y tan preciosas vidas? Aun suponiendo la victoria final, ¿igualaría jamás el resultado al sacrificio? ¿Era un impulso legítimo el que había transformado meras quejas diplomáticas en demostración militar, un simple golpe de mano en in- terminable sitio, una guerra limitada en espantosa car- nicería? Tales eran las reflexiones secretas ó cambiadas en voz baja. La desaprobación era abrumadora por su moderación misma. A través de un murmullo grave y contenido se escapaba á intervalos un grito desgarrador, el de las madres que reclamaban sus hijos perdidos.

Para la expedición se necesitaban dinero y soldados. El Cuerpo legislativo fué reunido el 2 de julio. El go- bierno le sometió dos proposiciones de ley: una autori-

(2) Parte del general Pelissier (*Monitor* del 4 de julio de 1855). Es indudable que estas evaluaciones son inferiores á la verdad. En todo caso, no concuerdan con las cifras dadas por el Dr. Scri- ve, que estima en 2.198 el número de los heridos que el 18 de junio, á las dos de la tarde, habían entrado en las ambulancias ó en las enfermerías de los cuerpos de ejército. (Scribe, *Statistique médico-chirurgicale*, pág. 208.)



zaba, á partir del 1.º de enero de 1856, una leva de 140.000 hombres de la quinta de 1855; la otra era relativa á un nuevo empréstito de 750 millones. Los proyectos fueron votados silenciosamente. Sólo se formularon tímidamente algunas críticas en el seno de la comisión del empréstito. A pesar de la sumisión de los poderes públicos y de los eufemismos de los cortesanos el emperador, muy hábil en discernir los matices de la censura ó del elogio, sentía el mudo reproche que desde el país se elevaba hasta él.

La marcha de la guerra era para Napoleón III una causa de honda preocupación. Durante todo el mes de junio, no había cesado de volver á sus planes, sintiendo no poder ir á Crimea é imputando á los jefes de la expedición las tardanzas que contrariaban su política. «Nuestro imperial vecino está muy agitado, escribía entonces el príncipe Alberto. Envía continuamente órdenes telegráficas á Pelissier: cierto es que éste no hace gran caso de ellas, pero se encuentra en una situación tanto más peligrosa, cuanto que los demás generales están autorizados para enviar informes sobre él (1).» El emperador no disimulaba su desconfianza ni aun en presencia de los extranjeros. Hablando con sir Greville, le dijo: «Todos los generales de Africa son del mismo calibre; Changarnier, Lamoriciere, Saint-Arnaud, Pelissier, Canrobert..., no hago gran diferencia entre ellos. La guerra que hicieron en Argelia no les hace aptos para las grandes operaciones militares (2).» Después del fracaso de 18 de junio, estas disposiciones poco benévolas se irritaron hasta la exasperación. Napoleón III podía perdonar que se triunfara haciendo caso omiso de sus consejos; pero que le desobedecieran para salir derrotados, no podía soportarlo con paciencia. La tormenta estalló el 3 de julio, día en que el emperador resolvió que Niel reemplazara á Pelissier en el mando. El mariscal Vaillant se encargó de comunicar, no al telégrafo, sino al correo la orden imperial. Al día siguiente, diversas observaciones juiciosas, y principalmente las del general Fleury, torcieron la voluntad del soberano (3). El despacho fué retirado en Marsella. No sólo fué mantenido el general en jefe, sino que, por una evolución muy inesperada, el emperador se cansó de recomendar sus planes.

Por el momento, Pelissier ignoró este incidente. No tenía necesidad de nuevos apuros. En Crimea las reuniones del Estado mayor no eran menos agitadas que los consejos de las Tullerías. Las largas oscilaciones del mando habían desarrollado mucho el espíritu de crítica. Todo el mundo estaba dispuesto á sacrificar su vida, pero no á abdicar su opinión. La ruda firmeza de Pelissier había impuesto silencio al principio: la victoria del 7 de junio redundó en beneficio de la obediencia, pero el descalabro del 18 acababa de desatar de nuevo las lenguas. Bosquet, á quien nuevamente se había confiado el mando de las tropas acampadas delante de Karabelnaia, no disimulaba sus iras y su despecho en su correspondencia. El mismo Canrobert se

(1) Carta al barón Stokmar (*The Life of Prince Consort*, por Teodoro Martin, tomo III).

(2) *The Greville Memoirs*, tomo VII, pág. 270.

(3) Véase M. Camilo Rousset, *Guerra de Crimea*, tomo II, pág. 293.—Granier de Cassagnac, *Souvenirs du Second Empire*, tomo III, págs. 68 y 69.

arrepentía á veces de su modestia, juzgando que no hubiera estado á menor altura que su sucesor. Las cartas de los mejores oficiales reflejaban todas en aquella época las mismas impresiones de crítica y tristeza. Los ingleses no se mostraban menos sombríos. «Es preciso que nos apoderemos de Sebastopol, decían con resignada ironía, puesto que la opinión del mundo atribuye tanta importancia á estas miserables murallas.»

El estado sanitario de los ejércitos aliados añadía una grave inquietud al de las operaciones militares. Los sardos, acampados en las colinas de las márgenes del Tchernaiá, no habían abordado todavía al enemigo; pero inmediatamente después de su llegada fueron invadidos por el cólera, que les castigó más cruelmente que una batalla. La terrible epidemia, después de haber cesado en sus estragos durante el invierno, acababa de reaparecer también en nuestro ejército, causando muchas víctimas. Las estadísticas proporcionan datos lamentables sobre la intensidad del mal. Durante los meses de junio y julio se registraron 5.971 casos, y 1.684 entre los nuestros (4). Las excesivas fatigas del sitio, la larga monotonía de los mismos sufrimientos, la ausencia de todo alimento vegetal habían engendrado otra calamidad, el escorbuto, que atacaba sobre todo á los veteranos de Crimea. Los ingleses no sufrían menos que los nuestros. Varios de sus generales, Brown, Pennefather y Codrington, estaban enfermos. El general Eastcourt sucumbió. Pocos días después, el 28 de junio, murió lord Raglán, como había muerto Saint-Arnaud, de un ataque de cólera. Se le hicieron los pomposos funerales que su rango requería; le siguió el duelo público que merecía la leal integridad de su vida, y el *Caradoc* condujo su cadáver á Inglaterra, como ocho días antes el *Berthollet* había transportado á Marsella los restos mortales del vencedor del Alma (5).

La crisis moral que acabamos de describir fué más violenta que duradera. Con el tiempo debilitóse el penoso recuerdo del 18 de junio. A mediados de julio, el cólera empezó á decrecer. Las discusiones se agotaron por su propia inutilidad, y de buena ó mala gana todo el mundo acabó por aceptar los planes del general en jefe. Ya nadie pensó más que en conquistar á fuerza de paciencia aquella Sebastopol que tan cerca tenían. Los ingenieros habían reanudado el trabajo de las trincheras; pero la naturaleza roquiza del terreno dificultaba la obra, y era preciso aprovechar todas las depresiones del suelo para practicar caminos cubiertos. En las vertientes de la Colina Verde la artillería instalaba nuevas baterías que dominarían el arrabal. La marcha era lenta, pero se avanzaba. Antes de que terminase julio, la azada de los zapadores llegó al glacis de Malakof, y la Estrella Pequeña se vió cercada á no menor distancia. Estos progresos hacían renacer la esperanza de que el famoso sitio se acercaba á su fin. Y la confianza hubiera sido mayor si las miradas hubiesen podido penetrar al otro lado de los muros de Sebastopol. Por grandes que fuesen nuestros sufrimientos, no eran más que una pálida imagen de las pruebas que el último período del sitio reservaba á nuestros rivales.

(4) Doctor Scrive, *Statistique médicale de l'armée de l'Orient*, págs. 211 y 216.

(5) El mando del ejército inglés fué confiado, después de la muerte de lord Raglán, al general Simpson.

